

Una indagación crítica de lo taurino

Luis Suñén*

Ciertamente, es posible citar a muchos escritores que han tomado los toros como pretexto para hacer literatura. Podríamos recordar a Hemingway, a los poetas del 27, a poetas más cercanos a nosotros, como Francisco Brines o Rafael Morales. Siempre ha existido literatura sobre lo taurino. No obstante, se han dado cambios de importancia tanto en las letras como en el toreo. Cambios decisivos, pues la novela ya no responde a los parámetros realistas a los cuales iba muy bien el asunto taurino; es difícil que hoy se escriba un libro como *Los clarines del miedo*, de Ángel María de Lera. Por otro lado, los sujetos de esas novelas, toreros y aprendices de toreros, tampoco responden al mismo perfil, pues no van toreando por las dehesas a la luz de la luna, ni robando gallinas, como hacía «el Cordobés». Es poco probable que las vidas de los espadas modernos puedan llevarse a la literatura en la clave que le interesa a la sociedad lectora española. Sin embargo, continúa publicándose bibliografía taurina y siguen interesando las historias del toreo, los análisis del modo de torear y, en general, los ensayos y obras divulgativas que tienen que ver con los toros. En este contexto, si acudimos a una plaza, resulta difícil pensar que algunos vociferantes que allí se encuentran hayan leído una obra como *Juan Belmonte, matador de toros*, de Manuel Chaves Nogales, o algún libro que defina en qué consiste cargar la suerte. Pero resulta que los títulos acerca de la materia continúan vendiéndose e incluso hay reediciones. Siguiendo el calendario de la fiesta, la demanda es, en cierto grado, estacional, pues son libros que tienen sus puntas de venta coincidiendo con las ferias.

Si hemos de referirnos a mi obra literaria, confieso que los toros no me han servido como materia de inspiración (por volver a esa expresión en desuso) como poeta. Sobre la fiesta sólo he escrito algunos artículos de periódico. Permítaseme una ironía: el hecho de no haber dedicado ningún poema al tema taurino podría ser materia analizable. Quizá la razón es que soy poco fetichista, y entonces los toros me gustan en la manera en que deben gustar, no más allá.

* Poeta y ensayista. Director de Alianza Editorial.

Pero dejemos aparte esta experiencia personal, pues en este mundo de relaciones entre lidia y literatura, el rastreo es rico en nombres y propuestas estéticas, y también nos conduce a literatos con una visión muy personal de la tauromaquia, caso de José Bergamín, quien sigue una línea menos directa en materia toresca que la trazada por la generación del 27. Él caracteriza eso que un poco tópicamente, pero también con bastante certeza, se dice del pensamiento español: más interesado por hacer literatura que por crear un sistema. Es probable que sea cierto, y el caso de Bergamín y los toros es algo así. Nadie escribe de una manera sistemática sobre torerías y Bergamín tampoco. Sin embargo, es curioso su planteamiento taurino, porque sí introduce algún elemento de tipo geométrico cuando describe la lidia. Los toros tienen mucho de geometría y de matemática, y así lo demuestran obras como *Abriendo el compás*, de Felipe Garrigues, donde se explica lo fundamental de abrir el compás a la hora de darle un pase al toro con el capote o la muleta. Bergamín analiza bien este tipo de cosas que tienen que ver con una técnica codificada, al mismo tiempo sometida al instante, al error, al azar.

Uno de los escritos taurómicos más conocidos de Bergamín es *La música callada del toreo*. Nos sugiere ese título una perfecta definición de la lidia, puesto que cabe plantear el toreo como una suerte de pentagrama sometido a la improvisación del momento. Desde la de Pepe-Hillo, las primeras tauromaquias empiezan a regular la actuación del torero frente al toro. Es la introducción de esas pautas lo que permite resolver las suertes del toreo, a partir de las cuales, a lo largo de la historia, irá implantándose el estilo. Juan Belmonte logra que ese concepto de estilo penetre en la fiesta de forma decisiva. Y dado que la estética que rodea a la llamada fiesta nacional es a veces abominable, un aficionado como yo acaba quedándose con esas cuestiones que tienen que ver con la geometría y el estilo, con ese dúo casi *balletístico* que forman la res y el torero.

Hay muchas prácticas relacionadas con el toro que parecen bárbaras, y de hecho lo son. Ese es justamente el problema de la simpatía por este mundo, origen de una contradicción muy difícil de resolver. Cada año, cuando empieza en Madrid la Feria de San Isidro, el diario *El País* publica un brillante y lúcido artículo de Manuel Vicent contra la fiesta de los toros. Por sistema, el citado artículo no es contestado. ¿Cuál es el motivo? Sencillamente, nadie es capaz de responder a lo que está diciendo Vicent porque, en el fondo, es cierto. Es verdad que las corridas de rejones son una auténtica salvajada. Es verdad que resulta algo tremendo ver a un estoqueador entrando a matar doce veces. Resulta todo ello muy poco considerado con los animales, a los cuales hemos de respetar y, desde luego, parece anties-

tético y quizá poco humano, así que a la hora de defender la validez de la fiesta, nadie pone la misma pasión que sus detractores. Cierto es que algunos autores contradicen los argumentos de Vicent, pero lo intentan con útiles que no sirven para razonar.

Yo no puedo sostener que los toros me parecen maravillosos sólo porque Ortega y Gasset, Alberti, Bergamín y Brines han escrito sobre ellos. No, eso no me parece que sea una razón suficiente. Desde el punto de vista de lo que puede ser el pensamiento de fines del siglo XX, el toreo es difícilmente defendible, dado que se trata de una lucha con frecuencia desigual entre un hombre y un toro, en la cual muchas veces las cartas están marcadas y corren los más bajos instintos de un público que además ha pagado una tremenda cantidad de dinero. Lo único que me parece emocionante de todo eso es la realidad estética de un ser humano y un animal componiendo una figura plástica maravillosa. En mi opinión, el hombre o la mujer que están haciendo eso que llamamos torear se trascienden de una manera especial y transmiten a los aficionados una emoción que, es evidente, Vicent y los antitaurinos no comparten.

Por lo que concierne a la supuesta esencia castiza de los toros, cabe señalar que algo hay de ello. Recientemente «el Juli», un matador de dieciséis años, decía que el torero lo es dentro y fuera de la plaza, así que ha de ser un hombre serio, riguroso en las formas y el atuendo. Eso que «el Juli» sostiene no supone la conservación del casticismo, sino de la figura del torero como alguien especial. Siempre me ha impresionado ese perfil del matador, pero no en lo que tiene de chulesca su actitud más caricaturizada. Me atrae porque el espada siempre ha tenido entre nosotros una consideración muy singular como artista que además se juega la vida. En otro sentido, no me gusta identificar a los toros con la esencia de lo español. Eso sería tanto como pensar que seguimos anclados en una estética de clavel reventón y forro de caja de puros. Sin embargo, debo insistir en los aspectos negativos de la estética que rodea lo taurino. El diseño de los carteles y las entradas, la gente que pulula por los alrededores de una plaza, los reventas y otros elementos del entorno, resultan de una sordidez asombrosa, y eso es bastante descorazonador, sobre todo para quien se acerca por primera vez a la lidia. Quienes ya somos mayores sabemos que el taurinismo sólo es un accesorio, pero un accesorio peligroso. Conviene por ello destacar una diferencia importante entre taurinos y aficionados. El aficionado es un señor que va a ver la corrida con un mínimo sentido crítico y llamamos taurinos a quienes viven de los toros y, fundamentalmente, se aprovechan de ellos.

Es irritante para el taurófilo moderno el hecho de que los toros se caigan durante la lidia. Asimismo, le molesta comprobar cómo determinados tore-